

XII

La maestra y la señora cambiaron una de esas miradas rápidas y profundas con que dos mujeres se ven y juzgan una á otra, en un segundo sobre el rostro, el vestido, el alma y el cuerpo, el presente y el pasado. En aquel momento un relámpago cruzó por la memoria de la maestra, la segunda visión instantánea de un carruaje que dos meses antes, un día de lluvia, le había obligado á detenerse un momento en una esquina de la Carrera del Rey Humberto, y en el cual había visto, al pasar, por la rendija de la cortina sacudida por el viento, una cabeza rubia de mujer con los ojos cerrados apretada contra una barba negra que se agitaba.—Es ella, —dijo para sí, sin duda alguna, y respondió con una inclinación de cabeza á su saludo.

Era alta y rubia, con el rostro encendido, hermoso contorno ovalado, estropeado por una nariz demasiado larga, con ojos grises

clarísimos, que casi no dejaban ver las pupilas, y hombros varoniles. Iba vestida con suma elegancia, con una gran capa forrada de pieles de marta.

En la primera mirada corrió de una á otra el fluido de una instintiva antipatía.

—He venido — dijo la señora con amistoso desenfado, —á cumplir con mi deber. Un poco tarde, es verdad. Pero no por culpa mía. Cien veces he pensado venir y siempre me lo impidió alguna causa... La vida de sociad ha llegado ya á ser una servidumbre de que no puede formarse idea. ¿Cómo va la chiquitina?

La maestra mirándola fijamente en los ojos, le dió en cuatro palabras los mejores informes, pero sin dar á su voz la más ligera entonación de amabilidad.

Ambas cosas: que la maestra no fijara su mirada sobre alguna particularidad de su vestido y que su acento no expresara más que una fría cortesía, desagradaron á la señora.

A pesar de ello contestó con buen talante:

—Me alegro mucho;—haciendo como distraída una caricia á su hija, de modo que con el movimiento del brazo se entreabriera

31052

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA (132-2717)
"ALFONSO" 132-2717
1925 NOV 10

la capa y pudiera verse la piel.—Sin embargo—siguió diciendo,—recomiendo á usted, señora maestra, las maneras de la niña que dejan mucho que desear. Ahora ha tomado también el vicio de tener la cabeza caída hacia un lado. Debe usted tratar de corregirla.—Su padre la acostumbra tan mal.—¡Julia... esos labios! Precisamente, tiene además la bonita costumbre de sacar los labios, que parece que está siempre muerta de sed. Añada á todo esto que ni siquiera sabe estornudar. La señora maestra debería precisamente ocuparse un poco también de estas cosas, porque en las muchachas quieren decir mucho, pero mucho más de lo que generalmente se cree.

La maestra le contestó que en efecto no lo olvidaría sonriéndose ligeramente y sin reparar en el grande imperdible bellissimo que la señora se ocupaba en arreglar con una mano. Luego añadió:

—¿En qué más puedo servirla? Siento mucho no poderme detener más, porque las niñas me esperan.

—¡Ah! ¡perdone usted!—exclamó la señora, sacando con gran rapidez un pequenísimo reloj cuajado de perlas.—¡Le he hecho retrasarse! Volveré otro día, con su permiso.

Mas al decir esto, notó que la maestra habíase vuelto para mirar dentro de la escuela, y ni siquiera se había fijado en el reloj: una ráfaga de ira cruzó por sus ojos.

Así se separaron, cambiándose una inclinación ligera de cabeza, con los labios apretados.

La Galli había notado que durante el coloquio la muchacha había estado siempre con la cabeza baja, sin mirar á su madre, como si sufriera una penosa contrariedad en su presencia; y entró en la escuela turbada, como si en el semblante de aquella mujer hubiera leído en cinco minutos un libro entero, obscuro para ella en algunos puntos, en otros odioso, inmundo, extraño, espantable. A la salida comparó la imagen de la señora con el marido, presente á la sazón, que debía tener veinte años más que ella, y sintió por él gran lástima.

Habría querido no haber visto jamás á aquella mujer; y se consoló pensando que no volvería á presentarse probablemente en todo el año.



XIII

Lejos de ser así, dos días después, á la salida, vióla plantada á la derecha de la puerta del salón de espera, pomposamente vestida con un sombrero nuevo y otra capa distinta, que no cesaban de admirar los circunstantes.

Con la natural prontitud de intuición femenil, la maestra comprendió que aquella venida y aquel traje estaban dedicados á ella y determinó en un momento parar el golpe, atacando ella á su vez. Se puso á la izquierda de la fila doble de alumnas, y pasando por delante de la señora para salir, no la saludó más que en el último momento con una mirada recta y ágil, que apenas se encontró con sus ojos, fué deslizándose sin detenerse en ninguna otra parte de su figura: como si no hubiese saludado á una persona, sino solamente á una cara. No fué tan rápido el movimiento que no alcanzase á ver

la expresión de despecho por el desencanto que ella sufría.

Después de este incident, nuestra profesora, segura de que la señora volvería á presentarse para intentar la revancha, fijó su plan defensivo, consistente en un manifiesto y constante desdén por todo lo que fuera vestido y ornamento de su enemigo; de modo que tuviera que reconocer al fin lo impotentes que eran las armas con que quería hérirla, siendo ella la humillada en vez de la humilladora. Algunos años antes, no hubiera sido capaz de fraguar semejante propósito, con cierta maligna intención; pero la dura y varia experiencia de la maldad agena, habiéndole llevado á este primer grado, al que pueden arribar las buenas almas; y que en suma se reduce á gozarse en las rabietas de quien las odia.

Su previsión no salió fallida: volvió la señora, siempre vestida con gran pompa.

No era sólo por la maestra sin embargo: poco á poco fué tomando gusto en venir á la escuela donde una multitud de criadas, de niñas, de señoras ya entradas en años y modestas en el vestir, la rodeaban llenas de curiosidad admirativa, y acabó por ir casi todas las tardes, dejando al marido que vinie-

ra sólo por la mañana. Una de ellas la vió la maestra en alegre conversación con el ex oficial Vinini, padre de la sierpecilla María: debían haber trabado relaciones hacía ya algunos días. Estas distracciones no separaron á la señora del propósito de obligar á la maestra á que la admirase y la envidiase; á cuyo fin tentó todos los medios, incluso el de presentarse de improviso delante de ella ó cortarle el paso ó fingir que miraba á otra parte para volverse luego de repente y sorprender á traición su mirada. El enemigo estaba siempre en guardia y todo fué en vano.

Entonces llegó á irritarse y acudió á la lucha cuerpo á cuerpo.



XIV

Se presentó una tarde en la escuela de la Galli con un boa y un manguito deslumbradores, en el momento en que las muchachas entraban en los bancos; las cuales al verla aparecer, se volvieron todas á contemplarla comentando las novedades del traje con un vivo murmullo.

La maestra la recibió en pie, cerca de la mesa, primero mirándola á la cara—solamente á la cara—y luego volviendo los ojos hacia los bancos como para darle á entender que la escucharía, pero que continuaba vigilando á sus alumnas.

—Señorita,—le dijo en voz baja pero con firmeza—he venido á pedirle un favor.—Ya le he indicado otra vez, que mi hija no tiene ninguna distinción para presentarse... que le faltan aquellas maneras que su condición exige. Es la pura verdad. Se lo he recomendado á usted especialmente. A veces,

es cierto, hay causas... las compañías, por citar una de ellas, que influyen mucho. Ahora... sé, por ejemplo (y echó una rápida mirada al banco en que estaba su hija, con el semblante inquieto y los ojos bajos), sé que tiene á su lado en el banco y que mantiene con ella gran familiaridad, á una muchacha del pueblo, hija, según creo, de un mozo de cuerda. Yo no digo... será un ángel. Pero bien comprende que las niñas de esa condición no son las más apropiadas para enseñar buena crianza... por no decir otra cosa. Por esto, si no la molestara, le suplicaría que la cambiase de lugar. De este modo—concluyó mirando al banco—mi hija estará entre niñas... de su *rango*.

La maestra permaneció un momento en silencio. Luego contestó con exquisita cortesía, mirándose la palma de la mano:

—Lo comprendo. Una madre busca todas las maneras... Pero, mire, hay una dificultad. Como la alumna en cuestión no me da absolutamente el menor motivo por su conducta ejemplar en todos respectos, no tengo razón plausible alguna, como maestra, para quitarla de donde está. Por otra parte, le suplico que se fije en lo siguiente: si satisfago los deseos de usted, no tendría moti-

vo alguno para no satisfacer cualquiera exigencia análoga que las demás señoras pudieran hacerme; y entonces tendría que dividir mi clase en dos partes distintas: en la una poner á las señoritas y en la otra á las niñas pobres; cosa que sería, por no llamarla de otra manera, contraria manifiestamente al carácter y al fin de una escuela pública. Estoy segura de que usted me comprenderá y me perdonará.

La señora, no encontrando por el momento palabra alguna que oponer, se vió perdida, y le cruzó por la mente la tentación de salir del apuro, fingiendo reconocer el mal paso dado, con una franqueza cordial, que esperaba habría de causar buen efecto. La obstinación, sin embargo, de la maestra de mirar á todos lados menos á su vestido, le hizo rebosar la cólera.

—En ese caso—dijo,—si no quiere molestar á la hija del mozo de cuerda, le suplicaría que pusiera en otro sitio á la mía.

La maestra tragándose el amargo bocado, contestóle sumisa clavando sus ojos en la boca de su adversaria:

—Perdóneme usted, otra vez, señora. El inconveniente, para mí, no está en molestar más bien á una que á otra: está en separarlas

por una razón que no me parece justa, y que adivinándola como la adivinarán las demás alumnas, podría causarles perjuicio inmediato á ambas.

La señora se quedó mirándola, mordiéndose el labio inferior. Luego repuso:

—Quizá la directora tenga distinta opinión.

—No creo,—le contestó con sencillez la maestra.

—Si es así—añadió, acentuando sus palabras,—no me negará este favor el señor inspector á quien tengo el gusto de conocer personalmente.

—Esto ya no es de mi incumbencia, señora,—respondió la maestra inclinándose, para darle á entender que debía comenzar la lección.

Y la señora después de buscar inútilmente los ojos de la Galli para dirigirle la última mirada, salió con paso resuelto y haciendo gran ruido con el traje.



XV

A pesar de que habían hablado en voz baja, mientras las alumnas levantaban sus ligeros murmullos, la maestra sin embargo pudo advertir con dolor, que algo del diálogo traslucieron y que las dos muchachas en cuestión, ya que no las demás, habían comprendido el objeto de la visita. Y lo comprendieron aún mejor al día siguiente por la escena que tuvo lugar.

Por la mañana, al entrar en clase se presentó el padre Orveggi, con aspecto más tímido que nunca, con el aspecto avergonzado y doloroso del hombre honrado que va á llevar á cabo un acto contra su conciencia. Hizo penetrar á la niña en clase, detuvo á la maestra en el umbral de la puerta abierta, y después de recordar la petición de su mujer, y de añadir que estimaba en todo su valor las óptimas razones porque ella se negaba á ac-

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CHILE
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
"ALFONSO VIAL"
Apto. 1625 MONTECARMEL, SCLM

ceder, balbuceando, dijo humildemente que había venido á repetir la *misma súplica*.

La maestra, que lejos de esto, esperaba de labios del padre algunas palabras de excusa, se quedó atónita, y le preguntó con dulzura:

—¿Pero cómo puede ser eso, si ha entendido mis razones...? ¿Cómo es posible que el señor Orveggi, tan buen padre y persona tan sensata, no se haya persuadido?

El padre nada dijo en el primer momento, mirando cuándo á un lado cuándo á otro, sumamente embarazado.

—Estoy persuadido,—dijo después.—Pero si yo le pidiese á usted que me hiciera ese favor... por la paz...

La maestra comprendió entonces todo lo que había ocurrido entre marido y mujer: la señora quería removerla de su actitud. Se le quedó mirando, y él huía la mirada: adivinó en seguida al hombre débil, en quien la dignidad del marido y todo género de varonil energía había muerto, excepto el amor de padre.

—Le aseguro á usted, señor Orveggi—añadió entonces con mayor dulzura, que no me he opuesto por presunción ó por malquerencia. He pensado en el asunto después. La niña es buenísima criatura, unida con cariño

á su hija: ha comprendido de lo que se trata, las demás también se han dado cuenta. Cambiarla de lugar sería para ella una humillación que no merece. ¡Si tuviésemos al menos la sombra sólo de un pretexto! Se lo aseguro, me remordería siempre la conciencia; sería faltar á mi dignidad. Quisiera darle gusto, pero no debo, no puedo hacerlo. Créame que lo siento de todas veras.

El padre estuvo perplejo, con la mirada baja; luego murmuró:

—Tiene usted razón. Perdóname. No hablemos más del asunto.

Pero, al decir esto, lanzó un suspiro tan triste, mostró tan abiertamente en el semblante el desaliento por la escena que en casa le esperaba, se encaminó hacia la puerta arrastrando los pies como un pobre hombre envejecido y envilecido por los continuos disgustos, que la maestra sintió por él profunda lástima, le llamó diciéndole con premura:

—Me ha venido á los mientes una idea. No lo puedo hacer en seguida porque no parezca que cedo á la presión. Esperaré la ocasión y cuando se cambien todos los bancos, porque hay que variar de sitio la estufa, podré complacerle.

Y después de una breve pausa, añadió para despedirle:

—Hasta la vista.

Pronto se arrepintió de la promesa; pero el buen hombre cambió de tal modo de semblante, se iba tan consolado después de darle las gracias, que se consideró casi absuelta de su culpa.



XVI

En la tarde siguiente y en las sucesivas la señora volvió á presentarse con el aire de quien ha alcanzado un medio triunfo y espera lograr la otra mitad; continuando sus coloquios, mientras estaba esperando, con el señor Vinini; hablando en voz baja y riéndose al parecer, de las caras feas de algunas alumnas y de los vestidos de ciertas maestras, con familiaridad que á muchos chocaba; entre otros, á la Dorini, que encontraba su conducta *de la dernière effronterie*, y á la directora, indignada por el escándalo y más aún, sorprendida de que no temblaban ambos con las miradas terribles que les dirigía.

Lejos de esto más bien parecía que se burlaban de ella como de la chiquita Vinini, que al acercarse á su padre, volvía la espalda con desprecio á la señora ó le lanzaba una mirada provocativa y cómica de rival. Sin embargo, aun cuando la conversación fuese ani-

mada, la señora, al aparecer la maestra Galli la cortaba para colocarse en la actitud más oportuna, bien para atraer sus ojos sobre sus propias elegancias, bien para recordarle con la mirada que estaba esperando siempre la satisfacción prometida. Y en efecto, pronto la tuvo, porque la ocasión se presentó, si bien no la que la maestra había previsto. Entró en la clase una alumna nueva, que cambiaba de "sección," por haberse mudado de casa la familia. Vino la madre á pedir, en presencia de las alumnas, á la Galli, que la colocara lo más cerca posible de la pizarra porque era miope.

No habiendo puesto disponible en ninguno de los dos bancos de delante y pareciéndole que la causa primera del cambio podía disimularse con la nueva necesidad, la maestra puso á la niña corta de vista en el sitio de la hija del mozo de cuerda, y mandó á ésta al único sitio vacante que había delante de la Vinini.

La hija de Orveggi se resignó; pero su amiga rompió á llorar, y tuvo tan honda pena todo el día, que la maestra, llena de compasión, estuvo á punto de volverla á su puesto, cambiando á otra en su lugar. Orveggi se lo quitó de la cabeza al día siguiente, sin más

que por la manera como le dió las gracias.

—Le estoy agradecido,—le dijo sencillamente, añadiendo con acento triste y con los ojos clavados en ella:—... y no tengo necesidad de decirle por qué.

Ciertamente no era necesario.

Luego, para inspirarle mayor lástima, aludió á su enfermedad del corazón. Tampoco esto era necesario.—Entre él y esta niña, á quien he hecho llorar,—pensó la maestra,—él es el más infeliz.—Y se consideró justificada, sin prever que bien pronto habría de sentirse apenada de las preferencias de su bondad.

